

¡LA GRAN PLAGA!

No disfrutó jamás un humano en el mundo, la dicha que disfrutaban estos dos seres. Eran recién casados; él, trabajador, animoso, honradísimo; ella, hermosa, fina, jovial; los dos muy jóvenes. Era una gloria de Dios aquella pobreza, tan dulce, tan noblemente llevada. Cuando salían los domingos á algún pueblo de los alrededores, olvidábanse del cielo y de la tierra para pensar en ellos mismos. Habían nacido en Barcelona, en Barcelona vivían; al atravesar las Ramblas, en aquellas tardes de estío, debajo de aquellos árboles, misteriosas viviendas de millones de pájaros, hacían volver el rostro á los transeúntes, él, con su blusa limpia, su gorra flamante, su rostro blanco, enérgico, su bigote finísimo; ella, limpia también, gallarda, con sus cabellos dorados, recogidos con donaire de andaluza, su talle enloquecedor, de catalana, y su carita seria, de mujer feliz, que sabe apreciar su dicha y dar por ella gracias á Dios.

Aquella dicha se colmó con otra alegría nueva: la mujer era madre... ¡Dios bendito! ¡Con qué graciosa majestad supo ser madre, desde el primer momento, la chiquilla blanca y dorada! El marido estaba loco de felicidad; tenía que contenerle la mujer en sus frenéticas demostraciones; quedábase pensativo, asombrado de tales cosas, como queriendo convencerse de que eran ciertas. «¡Iba á ser padre!» Y se paseaba por la habitación hinchadamente, arqueando los brazos, inflando los carrillos de una manera cómica, hasta que hacía arrancar la carcajada á la madre. Ella arrojábase á su cuello y decía en tono mimoso:

—¿Le querrás mucho, sí? — El decía: — Sí, sí. — Y la mujer reclinaba la frente en el pecho del dulce amigo, ocultando sus lágrimas de felicidad y gratitud.

Había ocasiones en que pedía á su marido, por favor, que saliera un poco á esparcir el ánimo; pedíale que no pensase tanto en lo que iba á venir, porque de ese modo parecía que no llegaba nunca. El, era obediente, salía, distraíase algo... volvía. Ella le aconsejaba que saliese, para esperarle... para verle llegar después con más alegría... Y en sus ratos de soledad, pensaba en el padre, en el hijo... *los dos hijos*, uno invisible, chiquitín, misterioso, y el otro, buenazo, alegre, grandullón, que no le daba qué hacer... «¡Qué felicidad, Dios mío!» Y quedábase embelesada algunas veces, esperando al *niño grande*, sin notar al principio, lector benévolo, que este niño empezaba á regresar más tarde de lo que tenía por costumbre.

Ya lo dije; al principio no cayó la mujer en la cuenta... ¡Le instaba tanto para que saliese! Pero se inquietó luego; preguntaba y las contestaciones no la convencían de ningún modo. Notó, después, que iba algunas noches trastornado por la bebida. «¡Gran Dios! ¿qué era aquéllolo?» Quiso impedirle salir y pudo lograrlo. ¡Estaba tan hermosa pidiéndole que no saliera! Ay, pero se lo impidió una noche; á la siguiente salió como de costumbre; volvió mucho más tarde que en noches anteriores, y en un lastimoso estado de embriaguez. Dios piadoso. ¿Dónde estuvo? — Con unos amigos. — Y se tambaleaba vergonzosamente, diciéndolo.

No pudiendo impedirle salir, le quiso acompañar como en otros días; pero ya no lo consiguió. Pronto iba á ser madre; y, en su dolorosa soledad, comparaba sus reflexiones de otra época, no lejana, con las que tenía precisión de hacer en un presente bien aciago.

Ya no contestaba el hombre á sus preguntas; se hizo melancólico primero; sombrío, uraño, después. Ella moríase de una espantosa incer-



FRAGMENTO DE UN CUADRO; por JULIO BORRELL.

tidumbre; un fantasma horroroso fué levantándose en su corazón, abrazándose, destrozándose, volviéndola loca. Al fin, se lo confesó á sí misma: la mataban los celos... Retorcíase como una leona... Así fué madre; fué madre de un angelillo blanco y rubio, como brotado de una azucena y un rayo de sol.

El, no le vio nacer; lleváronle mucho más tarde, ebrio, la ropa hecha girones, sucio... La madre le pidió á Dios la muerte.

Concibió sin embargo una esperanza; esta esperanza fué el chiquitín; se lo presentó al niño grande, y el niño grande pareció muy conmovido. Lo tuvo en sus brazos, lo mimó, lo acarició, lo soltó luego, y vió espantada la pobre mujer que no volvía á pensar en su hijo.

Si, creyó morir; no estaba dispuesta para aquel desastre; confiaba demasiado en su felicidad, para convencerse de que había muerto del todo; tenía esperanza de verla aparecer, como se aparece la Virgen al alma fiel que le fué devota.

Los cuidados de la maternidad distrajerónla un poco; pero como él no cejaba en su conducta, sentía desesperaciones horribles; el fantasma no se iba de su corazón. Era más grande, más imponente.

Una triste nueva ennegreció los tonos del ya sombrío hogar: al hombre lo dejaron parado; ella, al saberlo, no pudo hablar de estupor. ¡Con que en el taller se había producido el hombre como en el hogar!... ¡Dios poderoso!... ¿qué era aquéllolo?

Empezó la escasez y siguió la miseria. Llegó el invierno... ¡Ah, qué invierno tan frío! Faltó ropa, faltó pan, faltó todo. Ella, pasábase las horas, sentada en el suelo, inmóvil, enflaquecida, hundidos los ojos, con el niño, muriéndose de hambre, liado desesperadamente en un pico de

su mantón. Llegaba él, y pasébase con las manos atrás, ó gesticulando; entreoía la mujer frases incoherentes; le sorprendió en ocasiones con los puños crispados, como si amenazara á algún terrible enemigo oculto, á quien hubiese declarado guerra sin cuartel.

Le amaba siempre; le amaba más que nunca, tenía una noble indulgencia para su sueño grande... Pero aquel fantasma de los celos no había desaparecido de su corazón. Estaba allí, perenne, hiriéndola, matándola.

Alguna vez, veíale entrar con faz victoriosa, chispeantes las pupilas, satisfecho, como seguro de que iba á llegar una época de transición brusca en su destino... de transición á la más grande, á la más sublime dicha.

Pero el infierno de ella no terminaba; viéndole más exaltado, más nervioso, como si un extraño frenesí rigiera en todos sus pensamientos, le siguió una noche cautelosamente. El no la vió; no pudo, iba muy absorto en sus ideas. Además, la multitud se lo hubiera impedido. Barcelona estaba de gala; la muchedumbre lo invadía todo; se había echado á la calle para honrar á un augusto huésped.

Seguía ella á su marido con mucha dificultad, no le perdió de vista milagrosamente. Seguiale con su niño en brazos, ciega, loca. «Otra mujer le robaba su marido, cambiándole, trastornándole, haciéndole indiferente, grosero, brutal, feroz...» Seguiale entre aquellas músicas y aquellas iluminaciones... Aquellas músicas que resonaban en su corazón como algo espantoso, desgajándose allí dentro; aquellas luces que parecían arder en todas partes para alumbrar bien su abyección y su miseria.

Seguiale... Y pudo oír un diálogo misterioso entre su marido y otros hombres, allá, lejos, en el campo, donde nadie los podía sorprender, en

la soledad silenciosa de la noche. Sus celos, la ciega pasión, diéronla fuerzas para arrastrarse, para llegar, para oír, en fin, palpitante, aterrada. El niño no lloró; hay horas providenciales.

Pudo convencerse; no era su rival una mujer. ¡Oh, cuánto más le hubiera valido!... Oyó el diálogo entre aquellos hombres. Era horrible; echaban suertes, el que la suerte designara, tendría que matar aquella noche misma al personaje augusto que paseaba entonces por la población sin más escudo que su tranquila confianza en el noble pueblo barcelonés... ¡Fué su marido quien juró matar!... Juró matar, y aquella misma noche tocaríanse las consecuencias del conciliábulo, en una de esas catástrofes de que es la sociedad víctima frecuentemente, en nombre de no sabemos qué pavoroso ideal, sustentado por unos locos á quienes su locura hace asesinos.

¡El... él era uno de aquéllos! Iba á cometer un asesinato en su locura furiosa! ¡Iba á cometer un asesinato sin pensar en nada, sin pensar en nadie, ni en su hijo siquiera, Virgen Santísima de las Misericordias!

Y cuando los otros desaparecieron como fantasmas, quedó allí, de rodillas en medio del campo, sin corazón, sin alientos para pedir á Dios que no consintiera tan horroroso crimen. Hubo un segundo en que estrechó contra su pecho al hijo fieramente, como para aplastarle y que no

supiese jamás de qué monstruo había recibido el sér. Pero lloró el niño y, lanzando ella una exclamación de angustia, echó á correr desolada por la campiña.

No supo por dónde fué, ni cómo llegó á su misero tabuco. El marido había llegado ya. Al entrar ella, saltó él. La madre soltó el niño rápidamente y se lanzó al hombre.

—¿Dónde vas?—preguntó horrorizada. Evadió él la respuesta, y quiso salir; ella se interpuso. Ardía una vela sobre una mesilla; á la escasa luz contempláronse de ese modo fijo con que los animales feroces se miden antes de acometerse.

—No saldrás,—decía la mujer, y no decía más que eso; no era ocasión de súplicas ni de plegarias, sino de decir no; no, á toda costa; no, aunque la matasen; no, no.

Sombrio, fiero, chispeantes los ojos por la calentura, la empujó él sin hablar; pero ella, sujetándole con sus brazos, con su cuerpo, se enroscó, se incrustó á él; su energía redoblabá la del hombre; fué una lucha brutal, insensata; se desprendió él, en una feroz sacudida; quiso huir, pero ella pudo asirle de una mano nuevamente; tiró él, para soltarse, confor-



MI PADRE — Dibujo al lápiz de José Pasos.

me andaba; no le soltó ella, y fué tras él, arrastrándose. El hombre sentía en su mano febril aquella otra mano de la mujer, como una argolla de hierro caldeado; pudo ella ponerse de pie aún; lucharon de nuevo y con más furia; se hacían pedazos, él para soltarse, ella por retenerle, sin hablar ya, sin gritar; sólo se oían las respiraciones sordas, jadeantes, como de lobos hambrientos que se despedazan. ¿Qué se le infundió á ella para no gritar... para no pedir socorro? ¿Fué que no pensó en ello por su aborreción horrible? ¿Fué temor de delatarle al gritar? ¡Ah mujeres! Momento horrible. Cayeron los dos como árbol que el vendaval destroza. Ella quedó moribunda. Se levantó él, triunfante, y sintió ella sobre su pecho, á la vez un golpe fuerte, como de algo duro que á él se le caía del bolsillo ó la cintura. Lo comprendió... lo vió ella, con los ojos velados ya por el síncope. Era un revólver.

Despertó el niño y se echó á llorar. Aquel llanto rasgó las entrañas de la madre... Allá, lejos, comenzaron á oírse músicas... La silueta del hombre perdióse rápidamente... ¡Ah! ¿qué haría para retenerle aún?—

decíase la mujer expirante.—Su pensamiento estaba en el porvenir de su hijo, en el suyo, en el de aquel desdichado que corría. Creyó presenciar en tal instante la infamia próxima, le pareció ver la víctima, pensó oír los lamentos de la multitud, vió á su marido acabando la miserable existencia ignominiosamente... Como oyera decir al hombre, á la par, en un rugido de alegría.—¿Quién me detendrá ahora?—respondió moribunda:—¡Dios!—Diciéndolo, levantó el brazo y disparó sobre aquella figura que se esfumaba ya en la sombra. Se oyó un grito de agonía y el rodar de un cuerpo...

El sonar de las músicas, el llanto del niño, el pensamiento y la acción de ella, el grito de triunfo y el de muerte de él, todo fué rápido, simultáneo, como el destino ajusta los sucesos, para que encajen en el gran molde de la historia humana. A la mujer se le cayó el revólver y cerró los ojos; el niño, cesó en su llanto; las músicas alejábanse... Después, nada... Silencio... Silencio horrible.

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

JOSÉ M.^a MARQUÉS



PAISAJE

ROMÁN RIBERA



PINTOR FLAMENCO

Salón Robira (Fernando VII, 59).